

PRECIO EN MADRID.

Por un mes. . . . . 4 reales.  
 Por tres id. . . . . 11 »  
 Por seis id. . . . . 21 »  
 Por un año. . . . . 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Cuatro cuartos número.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 15 reales.  
 Por seis id. . . . . 28 »  
 Por un año. . . . . 50 »  
 EXTRANJERO.—Tres meses. . . . . 30 »  
 ULTRAMAR.—Un año. . . . . 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingos

Cuatro cuartos número.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.



# GIL BLAS

Habiendo hecho el depósito que exige la ley de imprenta, estamos ya autorizados por el señor Gobernador de la provincia para publicar este periódico con carácter político.

## GIL BLAS POLÍTICO

Decíamos ayer, esto es, decíamos en el primer cartel que se fijó en las esquinas anunciando la publicación de este periódico:

### GIL BLAS

PERIÓDICO POLÍTICO-SATÍRICO

DE OPOSICION LIBERAL.

Esto mismo decimos hoy. Y basta de programa.

Hemos escrito siempre con arreglo á las leyes. Con arreglo á las leyes escribiremos en adelante.

Nuestra mision ha sido y es combatir todo lo que en nuestro concepto se opone al desarrollo del progreso político, científico y literario de nuestra amada patria. ¡Respeto á la honradez, al talento y al trabajo! ¡Sátira al vicio, á la holgazanería y al retroceso!

Los redactores de GIL BLAS han vivido y viven de su trabajo; no esperan lucro de ninguna combinacion política, y fuertes con su independencian, defienden lo que creen en su conciencia que puede hacer la ventura de la nacion. Por eso son liberales, porque creen que el bien, en las sociedades modernas, ha de venir por el camino de la libertad.

A pesar del carácter político que va á tener en lo sucesivo este periódico, no renuncia á publicar artículos literarios, de costumbres, de critica dramática, ni jeroglíficos y charadas cuando lo crea oportuno.

El artículo de entrada, titulado hoy *Lo que corre por ahí*, se llamará desde el número próximo *CRÓNICA POLÍTICA*, y en esta seccion se pasará revista á los acontecimientos que más llamen la atencion en el mundo, siempre en el estilo propio del carácter de este periódico. La circular de un ministro, la cuestion de Italia, el diente que se le cae á un francés, los tres pelos de la cabeza de Bismark, todo lo grande y lo pequeño tendrá aquí su asiento de rosas ó de espinas.

Así como el Sr. Nocedal se cree en el deber de fundar un periódico para defender su personita, nosotros nos creemos en el derecho de abrir una seccion en el GIL BLAS para combatir sus doctrinas: esta seccion se llamará *GACETILLA NEA*. En ella procuraremos hacer resaltar en todo su esplendor y olor las miserias de los neos, sus chismes, bufonadas, hipocresias; su amor al prójimo, á la religion, á la humanidad y á los cuartos de los suscritores. Hemos de probar que algunos neos, en vez de ganar el cielo, como pretenden, solo ganan mil reales al mes, lo cual es muy poco comparado con la dicha eterna. Esta seccion será tan

divertida como una mojiganga en las corridas de novillos. Se prohíbe al público pedir otro bicho.

Entre estas dos secciones y los *Cabos sueltos* se intercalarán los artículos humorísticos, más ó ménos críticos, sobre política y otros resortes.

Tambien habrá sus versos *ad hoc*, muy bien hechos, con sus puntos y comas, y sus asonantes ó consonantes correspondientes, rellenos de lo que Dios quiera y guisados por varios sugetos á gusto del respetable público.

No renunciaremos (¡de ninguna manera!) á las *Notabilidades del dia*.

Y para que la fiesta sea completa, el Sr. Rivera ofrece acabar pronto su novela *A través de los baños minerales*, con lo cual nos quitamos un cuidado de encima.

Esto va á ser GIL BLAS, esto, y lo otro, y lo de más acá, y lo que se pueda, caballeros, que no están los tiempos para muchas gollerías.

Nuestros dibujantes están preparando con su acostumbrada sal unas cuantas CARICATURAS POLÍTICAS, que empezaremos á publicar inmediatamente.

Ahora, para concluir bien, solo falta un poquito de música.

Y esta música nos la darán Francia, Italia y Prusia.

### BANQUETE DE LA PAZ

Los que han visitado el palacio de Napoleon III cuentan que al pié de la escalera de atrás, que conduce á la sala donde el emperador recibe á todo el que desea verle, hay dos singularísimos personajes.

Estos personajes son:  
Un portero extraordinariamente gordo, que ha visto caer dos ó tres dinastías y se conserva siempre en su puesto, al pié de aquella escalera.

Y un loro, propiedad del portero susodicho.  
El portero recibe los memoriales y demás excesos, marca el turno á los que han de pasar, y bebe de cuando en cuando.

El loro se pasa la vida diciendo estas palabras:  
— ¡Vive l'empereur!  
Y así viven aquellos dos seres tranquilos y felices, como si fueran la representacion de todo un pueblo.

¿Qué pasará entre tanto por arriba?  
Yo me atrevería á suponer algo, si el suponer es cosa permitida.

Lo intentaré. Al fin y al cabo, la vida es una novela interesante, ¿y qué más da hacer un capítulo con la desdicha de un pobre que con la ventura de un magnate? Dedicuémonos hoy á las altas esferas.

Puede comenzar así.  
*Libro último.—Parte segunda.—El festin de los desgraciados.*  
Y sigue la novela.

Napoleon era un hombre dotado de un temperamento especial.  
Su cuerpo era de hierro. Su alma de bronce. Su voluntad de roca.

Habia logrado todos sus deseos. Empero una nubecilla comenzaba á oscurecer el horizonte de su felicidad. Pero se dijo:— ¡Bah! ¡Cuánto significa un ¡bah! en unos labios augustos!

Aquel dia las noticias de Italia le tenian preocupado. El desembarco de tropas en Civita-Vecchia, el avance de Garibaldi, la dimision del caballero Nigra...

Cosas eran todas estas capaces de distraer á cualquiera.

Pero las grandes ideas acuden siempre en los grandes apuros... ménos cuando no acuden.

¿Qué debe hacer un hombre cuando está apurado? Lo que hacemos en España los inteligentes.

Ahogar en vino las penas. Comer y beber y dormir. *Ecco il problema*, ha dicho Shakespeare traducido al italiano.

Tal debió ser el pensamiento de Napoleon.

Y pensó en un banquete. Todavía más; pensó en darle un título *ad hoc*. Un título llamativo.

Por eso lo llamó *Banquete de la paz*.

El litógrafo de cámara tiró inmediatamente las tarjetas de convite.

Grave cosa es esta de convidar gente á fiestas y regocijos.

Siempre se olvida algun nombre. Siempre hay alguien que se disgusta de no haber sido invitado.

Por eso Napoleon pensaba, pensaba, pensaba, y no escribía un nombre sin haber recordado muchos.

Y así fué poniendo los sobres poco á poco, con despacio y con buena letra.

Puso en uno:  
*A Maximiliano, emperador de Méjico.*

Y en otro:  
*A Su Santidad Pio IX, Padre comun de los fieles.*

Y en otro:  
*A Mr. de Bismark.*

Y en otro:  
*A Victor Manuel, rey de Italia.*

Y en otro:  
*A la emperatriz Carlota.*

Y así sucesivamente fué escribiendo nombres, y nombres, y nombres.

Las tarjetas fueron repartidas. El *Banquete de la paz* prometia estar animado. El loro del portal gritaba más que nunca, y el portero, risueño y colorado, se acariciaba la panza y dejaba correr el tiempo.

Llegó por fin la hora. Todo estaba dispuesto. La mesa, elegantemente adornada, abria el apetito á cualquiera.

El reloj dió las siete. Napoleon habia dicho á sus convidados lo que la protagonista de la *Belle Helene*:— *Nous nous mettons á table á sept heures.*

Y ¡cosa extraña! El portier no se alzaba. Nadie entraba en el imperial aposento.

La impaciencia está tambien admitida entre las personas de sangre real. Todo cabé en lo posible.

Por fin la puerta se abrió.

Un hombre se presentó en el umbral.  
Era un fiel servidor, encargado de traer y llevar las desazones.  
—¿Quién es? le preguntó el que esperaba.  
—Señor... (en francés *sire*).  
—¿Quién es?  
—Es que...  
—¿Qué?  
—Que habeis citado á comer al emperador Maximiliano...  
—¿Y bien?  
—Sin duda habeis olvidado...  
—¿Qué!  
—Que ha muerto.  
Una ligera nube de... no sé de qué, cruzó por la mente del imperial sugeto.  
—Es verdad, murmuró; con tantas cosas como hago y digo, lo habia olvidado.  
El *portière* cayó de nuevo.

Pasaron algunos minutos.  
Cuando se espera á alguien para comer, la impaciencia es doble, porque es una impaciencia forrada de hambre.  
Un ¡aaaaa! mezcla de suspiro y bostezo se repitió varias veces en los augustos labios.  
Volvió á aparecer el servidor *sui generis*.  
—Señor...  
—¡Ah! ¿están ahí ya los convidados?  
—No señor (en francés, *sire*).  
—¿No ha venido nadie todavía?  
—Ha llegado un aviso.  
—¿De quién?  
—De Su Santidad.  
—¿De Su Santidad?  
Y amo y criado hicieron una profunda reverencia.  
—Sí señor; Su Santidad os manda decir que no puede aceptar vuestro convite.  
—¿Por qué?  
—Asegura que está enfermo, y hace constar que, aun cuando estuviera bueno, no lo aceptaría.  
El servidor volvió á retirarse.

Eran ya dos los convidados que no probarian la rica sopa de tortuga; plato especial (cocina del imperio).  
Pero ¡ah! los demás no harán falta. Pensaba el invitador con cierta seguridad hecha en casa.  
Volvió á alzarse el *portière*. Ya el invitador se puso de pié para hacer la grave cortesía.  
—¿Sois vos otra vez? dijo mal humorado.  
Era, en efecto, el servidor fiel, que se presentaba más grave que antes.

—Señor... (en francés, *sire*).  
—¿Qué?  
—Esta carta.  
Y abrió una carta.  
Era de Víctor Manuel, rey de Italia.  
Decia lo siguiente:  
«Perdon, monsieur, ¿creeis que puedo dejar ni un instante á mi buen pueblo para ir á comer? Yo no como, ni bebo, ni chupo, ni beso, mientras mi pueblo está soliviantado. Y mi pueblo está muy soliviantado, *zendentz-vous?* muy soliviantado.  
El invitador rompió la carta.  
—Es decir, murmuró, que la Europa *galante*, las personas de reconocida tranquilidad no vienen? Y ahora recuerdo tambien, y lo siento, que Carlota no vendrá porque dicen que está loca. Es decir, que en lugar de sentarme á la mesa deberia yo ir á ver lo que pasa.  
Y dicho y hecho, caló el sombrero; salió... y estuvo fuera algunas horas.

Quando volvió se encontró un extraño personaje sentado á la mesa y comiendo solo.  
Un caballero que al verle le dijo con los ojos:  
—¡Oh, amigo, me invitais á comer, y me dejais por dueño del festin! ¡Me alegre, me alegre!  
Era Mr. de Bismark, que habia venido tarde, pero al fin habia venido.

JUGAR CON NEOS

(Imitación del coro de locos de *Jugar con fuego*.)

CORO DE NEOS, en su estado normal:

¡A la lid, al combate, monagos!  
Subidle en la mesa,  
dejadle charlar;  
y ponedle el sombrero de pluma  
que asuste á los chicos  
de la vecindad.

TAMBORES.

¡Ra, ta, plaam!

TROMPETAS.

¡Ta, ta, ta!

EL SR. NOCEDAL.

¡Cuál entorno me cercan sumisos,  
me miman, me adulan,  
sopitas me dan!  
La batuta manejo en la orquesta  
y haciendo aquí escala  
me quiero elevar.  
A la patria, que adoro y respeto,  
su brillo pasado  
pretendo tornar.  
Yo aborrezco el atroz periodismo,  
y el cuerpo me pide  
que funde uno más.  
¡Ay, *Constancia, Constancia, Constancia*,  
tu nombre bonito  
le pongo al *journal*!

CORO.

¡Jesucristo, qué dice este hombre!  
Un nuevo diario  
intenta fundar.  
De la mesa las manos quitemos  
y caiga de golpe  
con el pedestal.  
Yo me agarro á la greña del guapo  
que el sano principio  
me venga á quitar.  
Avancemos al son de la trompa,  
y llámeme tonto,  
y deme usté pan.

TAMBORES.

¡Ra, ta, plaam!

TROMPETAS.

¡Ta, ta, ta!

EL SR. NOCEDAL.

¡Dios eterno, qué gente la mía!  
Señor don Francisco,  
no tanto gritar.  
¡Ay, *Constancia, Constancia, Constancia*,  
no sabes el rato  
que me haces pasar.  
¡Si consigo formar ministerio,  
el bufo y el serio  
me la han de pagar!

(Se repite á petición del público.)

COMENTARIOS

Acabo de leer un artículo muy notable, si no precisamente por lo bello de su forma, por lo trascendental de su fondo.  
El artículo lleva por epigrafe estas palabras: *El Día de Difuntos* y se ha publicado en el número de *La Esperanza*, correspondiente al día 2 de noviembre de 1867.  
Me apresuro á facilitar estos datos á mis lectores, con objeto de que procuren estudiarlo, y abrigo la convicción íntima de que no tardarán en darme las gracias por tan saludable consejo.

¿Y cómo no, si el bienaventurado artículo viene á sacarnos de un grosero error en que la mayor parte de los hombres nos encontramos sumidos?

Que la *vida* es un don estimable y estimado, creencia general ha sido hasta hoy, y trazas llevaba de serlo por bastante tiempo, si para grande gloria suya y no pequeña fortuna nuestra no hubiese aparecido *La Esperanza* demostrando precisamente lo contrario.

Yo envidio y admiro simultáneamente el heroísmo de *La Esperanza*; su afirmación lleva consigo el sello de todas las grandes ideas, la marca de todos los pensamientos profundos; destruye radicalmente lo que para la humanidad toda era una verdad axiomática.

Los poetas... ¡necios! admiran las bellezas de la creación; cantan la sublimidad de ese espacio infinito sembrado de mundos y contemplando las flores pintadas, los gigantescos árboles, las cristalinas aguas de los arroyos mansos entonan himnos llenos de animación y de entusiasmo, que no son otra cosa que alabanzas al criador de tanta hermosura.

Es decir, que los poetas aman la vida. ¡Desgraciados!  
Los hombres de la ciencia estudian y analizan el movimiento regular y ordenado de los astros, examinan detenidamente la formación de los seres distintos que pueblan nuestro globo, y aquel estudio y este examen les proporciona el medio de conocer un tanto la admirable armonía que existe en las leyes eternas del universo.

El hombre de la ciencia baja su frente humillada ante la sabiduría infinita, y acepta la vida como una misión

que ha de realizar en el tiempo. ¡Insensato! ¡Mil veces insensato!

El creyente de buena fé agradece al autor de su existencia los goces que el vivir le proporciona, y en sus oraciones pide cándidamente el *pan de cada día*.

Más claro: desea vivir. ¡Lamentable error!  
¿Necesitaré cansarme más para probar hasta qué punto está generalizado el apego fatal á esta vida odiosa? De ningún modo.

El amor en unos, la amistad en otros, el cariño á los hijos en muchos, en este la ambición, en aquel el deseo de gloria, en los felices la satisfacción, en los desgraciados la esperanza, sentimientos son todos que ciertamente escusan, ya que no justifiquen, nuestra grosera equivocación.

Yo, si no temiese excitar de nuevo el enojo de *La Esperanza*, me permitiría confesar que soy un infeliz á quien poco ó nada puede alcanzarse en cuestiones de esta naturaleza; pero que en medio de mi infelicidad—que exhibo gustoso como circunstancia atenuante—habia llegado á creer que cuando la Providencia ha derramado vida y animación por todas partes, cuando ha colocado en el hombre ese instinto de propia conservación, cuando por tantos medios ha procurado hacer la existencia dulcísima y grata, deber nuestro era recibirla con agradecimiento y conservarla con cariño.

El notable artículo de *La Esperanza* ha venido en buen hora á disipar las nubes que ofuscaban mi inteligencia y las de tantos otros infelices que pensaban indudablemente como yo.

Leed, leed pronto ese luminoso y nunca bien ponderado trabajo, y allí vereis, como yo he visto, con regocijo inmenso, y con verdadero asombro, profundas y originales consideraciones acerca de la humanidad.

En él vereis que estamos rodeados (habla *La Esperanza*) de una multitud de hombres *sin Dios, sin ley y sin conciencia*, ó de hombres indiferentes que no obran en consonancia con sus doctrinas, ó de hombres (sigue hablando *La Esperanza*) *ingratos, envidiosos, pérfidos, llenos de pasiones*, que se gozan en perseguir al justo de un modo *solapado, terrible y espantoso*.

Después de leer esto y después de compadecer al periódico absolutista que, según lo que piensa del género humano, debe de haber tratado solamente con miserables y malvados, nada más admirable que estas palabras, dignas de ser esculpidas con caracteres de bronce en el magnífico pedestal de la estatua que las venideras generaciones elevarán sin duda al diario de la tarde:

«¿Quién, considerándolo todo y todo teniéndolo en cuenta, no *amará el instante* de la muerte? ¿Quién no *deseará romper* las ligaduras que le unen á la tierra?»

La predicación de la verdad produce tarde ó temprano sus agradables frutos. Continúe *La Esperanza* en la senda que tan enérgicamente ha empezado á recorrer. Yo uniré mis débiles esfuerzos á los suyos para que lleguemos pronto á ese día venturoso en que toda la humanidad *desea romper* las ligaduras que la unen á la tierra.

Y entonces ¡oh entonces! el problema de la felicidad humana se habrá resuelto completamente.

Los hombres huirán unos de otros temerosos de que la simpatía ó el cariño que engendra el trato sea una *nueva ligadura* que les haga agradable la vida.

Las mujeres aborrecerán el matrimonio, porque el amor al esposo, y más aun el amor á los hijos, es un lazo que hace desear la existencia.

El labrador no sembrará, porque la tierra regada con el sudor de su rostro es quizás un poderoso atractivo para permanecer en este mundo engañoso.

Nadie trabajará, porque con el trabajo se adquiere una propiedad, y la propiedad proporciona goces que hacen grata nuestra permanencia en el mundo.

Nadie procurará combatir sus enfermedades.

En una palabra, el género humano se morirá á fuerza de ser venturoso.

Después de esto, decidme francamente si debemos negar á *La Esperanza* nuestra enhorabuena y nuestros aplausos.

CABOS SUELTOS

Vestías de niña ayer  
y yo jugando contigo  
me reía.  
Hoy te vistes de mujer,  
y sufro y juegas conmigo:  
¡quién diría!

ACTUALIDADES,—POR ORTEGO



En la plaza de Santa Ana.

—¿Me negarás que ese oso te hace guiños y te mira con descoco?
—¿Pero, hombre, te atreverás a suponer!...
—Todo. ¡No sería el primer oso que se interpone en mi camino!



En el saloncillo de los Bufos.

La suripanta.— Quiero que me escriba Vd. un papel largo, muy largo... para poder lucir un vestido...
El poeta.— ¡Corto, muy corto, ya lo sé!

A TRAVÉS DE LOS BAÑOS MINERALES

(historia de un soltero cursi).

(Continuacion.)

—Te sobra la razon. El dia que resolví dejarte, exasperado con los insultos que me prodigaste, estuve vacilando en mi resolucion, y por último triunfó en mí la mala costumbre.
—Dí más bien tu falta de pundonor.
—No quiero contradecirte, pero vas á oír lo más peregrino, y lo que te deja vengado. Desde Aguas-buenas partí para Biarritz con el dinero que llevaba, creyendo que nunca se me acabaría. Entré en el Casino, y por mi mala suerte me dirigí á un salon donde estaban jugando. Allí empecé á poner algunas monedas; al principio no me fué del todo mal; pero á las dos horas me encontré sin un cuarto.
—Me alegro, digo, no me alegro, porque era mio el dinero que perdiste...
—Yo lo siento, aunque no era mio, que á generoso no me has de ganar.
—Volvemos á las andadas?
—Esto es una broma. Resultado, que al verme en Biarritz tronado me dirigí al francés que creí más simpático y más afortunado en el juego y le pedí para seguir mi viaje. Me dió doscientos francos, y con ellos vine á San Sebastian, donde se habia quedado la carnicera, resuelto á hacerle el amor. El dinero que me restaba lo empleé en comprarme alguna cosa para presentarme á sus ojos más caballero y más seductor de lo que era. ¿Comprendes? Pero la carnicera, á quien no le desagrada mi conversacion, no se da por entendida, y voy perdiendo la esperanza de sacarle un cuarto.
—¡Infeliz! exclamó Pacholí mirándole atentamente, ¿cuántas humillaciones por no tener corazon!
—¿Que no tengo corazon? En eso sí que te engañas, y voy á darte una prueba.
—Hombre, me alegraría en el alma hacer este descubrimiento.
—Pues alégrate, Pacholí. Esta mañana he leído en un periódico de Madrid que el domingo próximo se inaugurarán los bailes de Capellanes. Jamás, hasta ahora, ha

ocurrido esto sin que yo haya estado presente. Pues bien, hoy no tengo dinero para ir á Madrid y Capellanes va á inaugurar sus bailes sin mí... ¡Estoy deshonrado!
Pacholí dió un salto.
—Bonita enmienda, añadió. ¿Esa es la prueba de tu buen corazon? Veo que contigo todo es predicar en desierto.
—¿Te vas?
—Sí, ya me arrepiento de haberme enfadado contigo. Ahora comprendo que el mayor bien que puede ofrecerme Dios es el de separarme de tí.
—¿Y me dejas abandonado?
—Hace poco huías de mí.
—El rubor... Ya ves, conozco que eres mi amigo...
—Se acabó la amistad.
—¿Y vas á Madrid?
—¡Qué sé yo!
—Mira, Pacholí, ten la bondad de escuchar una palabra... la última. No niego que tienes razon para todo, pero observa que me has sacado de Madrid.
—¿Y qué?
—Sobre tu cabeza va á caer mi suerte.
—¡Caiga!
—No me abandones!
—Tú eres el que me has abandonado.
—Corriente, como quieras; pero llévame á Madrid! ¡Llévame á mi querida patria! Capellanes te lo agradecerá.
Pacholí echó á andar y Manguela se quedó murmurando:
—¡Mar, ¡oh mar! ¡oh inmenso mar, que tantos tesoros encierras! Así me enviaras uno. Mirame aqui hecho un bábieca, contemplando el movimiento de tus olas, que parecen bailar las habaneras. ¿Qué haré? La carnicera no se ablanda y Pacholí se va. No me acordaba yo de Pacholí; pero ahora que le he visto, he creído encontrar en él mi salvacion. ¡Maldito juego! Si me hubieran salido derechas unas cuantas cartas, no lloraria mi suerte al rumor de las olas. Es preciso tomar un partido: ¡En marcha! Quién dijo miedo; si la carnicera no me da con qué hacer el vién buscaré otra vez á Pacholí, y le diré:
—O arráncame el corazon, ó llévame, que te adoro!

CAPÍTULO VIII.
En marcha.
Manguela se dirigió otra vez á la fonda en que paraba la carnicera doña Quiteria.
—Muy buenas tardes, salerisima madreña, le dijo, es usted la mujer más graciosa que he conocido; y no lo digo por adularla, ya sabe Vd. que yo le digo la verdad al lucero del alba.
—El demonio es Vd., Manguela. Siempre de buen humor.
—Es que estoy muerto por Vd., señora, y no puedo vivir así.
—Claro, si está Vd. muerto, ¿cómo ha de poder vivir?
—En primer lugar, yo la amo á Vd. desde la cabeza á los pies.
—¿Puede!
—Así dicen mis paisanos con su habitual gracia. En fin, yo estoy siempre queriendo. ¿Qué me contesta usted?
—Ya sabe Vd. que no me es Vd. indiferente.
—He tenido el honor de oírlo de esos sandungueros labios lo ménos veinte veces en pocos dias. Pero no basta.
—¿Eh?
—Lo dicho, señora, eso no basta.
—¿Qué quiere Vd.?
—Una prueba de amor, porque eso no basta á un corazon tan estupendamente perdido por sus encantos.
—¿Y qué prueba quiere Vd.?
—Poca cosa. ¿Cuándo se va Vd. á Madrid?
—Mañana.
—¡Sopla! ¡Tan pronto?
—Ya nos hemos bañado.
—Y yo que no me he bañado, y tengo un temperamento tan...
—Pues báñese Vd.
Luis Rivera.
(Se continuará.)

El enemigo natural de los neo-católicos es el liberal de buena fé; no de otro modo es el gato el enemigo natural de los ratones.

La Esperanza publica una carta del Sr. D. José María Carulla, en que aquel comunica á sus compañeros de redaccion que se parte á Italia para alistarse como voluntario en el ejército pontificio.

En la carta del Sr. Carulla he leído con asombro estas palabras: «El temor de que se dijese con fundamento ó apariencias de tal que me marchaba cuando todo podía darse por concluido, me retuvo en Madrid contra mi voluntad.»

El Pensamiento Español contesta á ciertas palabras de El Imparcial, acerca del reconocimiento del reino de Italia, en las siguientes cultas y comedidas frases:

Vergüenza da al realista enseñar al que no sabe? No he visto cosa más grave dicha con más sans façon.

Después de todo, si El Pensamiento Español pudiera enseñar algo—que me permite dudarlo—no había de faltar quien le enseñara á su vez urbanidad y cortesía, que acá para inter nos, bien las ha menester el neo-católico diario.

Los diarios neo-católicos no pueden tocar nada sin empequeñecerlo. Parece providencial. La Esperanza escribe en prosa «El día de difuntos» y nos hace aborrecer la vida. La Regeneracion escribe «El día de difuntos» en verso, y nos hace odiar la poesía.

En la composicion (Elegia la llama su autor) que publica La Regeneracion el día de los difuntos, hay estos versos y otros varios del mismo calibre:

«Es tu consolador ideal amable... Cuando el hombre se mece en cieno inmundo, vuelta solo su mente hácia la tierra, ¡oh cuán craso es su error y cuán profundo!»

«Cielos! Consolador ideal amable... Esto, si no me engaño, es fusilable.»

lico y honrado padre de familia es indispensable publicar malos versos?

En una reunion de amigos, cuya conversacion gira sobre higiene: —Cosa extraña! dijo uno, yo no puedo dormir la noche que me acuesto sin tomar café.

—¡Jesús! ¡Qué café tan oscuro! ¡Vaya una economía de gas! —No es economía, señorito... —Pues entonces, ¿por qué no alumbran?

Ayer compré X un paraguas magnífico por 100 rs. Por la noche llovía á mares y X se presentó en el café chorreando. —¡Qué tiempo! Vengo empapado, dijo.

Otro accidente desgraciado en el ferro-carril cerca de Paris. El número de muertos pasa de 13... ¡Sumemos!

Ayer hemos remitido por el correo á todos nuestros suscritores de provincias el Almanaque de GIL BLAS para 1868.

A Pascual con gusto fiero decia ayer don Simon: —Diga usted: ¿por qué razon llaman simon al cochero?

El Sr. Necedal no es solo esclarecido diputado por Toledo. En una carta que el marqués de Valdegamas dirige á La Correspondencia, le llama eminente y distinguido amigo.

Este es ya mucho floreo, pues desde hoy dirá la gente: ¡Necedal es eminente como amigo... y como neo!

En el notable artículo publicado en El Imparcial por el Sr. Manrique á propósito de Felipe II, se prueba que este monarca se presentó dos veces en bancarota. La primera en 1575 haciendo quebrar las primeras casas de España, Lion, Ruan, Ausburgo, Amberes, Roma, Venecia y Milan.

¡Tiempos de bancarotas tan fatales! Pues entonces no habia liberales.

PASATIEMPO

Solucion á la Charada del número anterior: Primorosamente.

CHARADAS

De prima y tertia marché á prima y segunda ya, y con dinero de allá feliz á España arrivé.

Vi en mi todo, á la luz de mi tercera, á la bella segunda con primera.

(Las soluciones en el número próximo.)

Correspondencia de GIL BLAS.

- D. J. R. y G. (Zaragoza).—Servimos los números con puntualidad. La colección que pide existe, ménos un número. Su valor 420 rs. D. M. R. (Fuensalida).—No es culpa nuestra, porque servimos los números con tanta, si no mayor, puntualidad que otras empresas.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.

CASA DE PRÉSTAMOS. Se ha establecido una de toda confianza, calle de Baño, núm. 11.—3.

ACEITE DE BELLOTAS. Eficacísimo contra la calvicie. Calle de Jardines, 5.—Madrid. Precio: 6, 12 y 18 rs. frasco.

REGENERADOR DEL CABELLO. ACEITE ELOSEGUI. Especifico refrigerante, tónico y antialopético. La calvicie (alopelia) reconoce por origen dos causas: ó caída del cabello como consecuencia de una enfermedad de la piel...

GRAN BAZAR DE CALZADO. Monters, núm. 2. ESTACION DE INVIERNO. Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén...

CALLISTA FRANCO-AMERICANO. Mr. Leon, cirujano pedicular de la real cámara y de S. A. S. el principe Monaco. ¡¡EN DOS MINUTOS SIN CORTAR!! Extracción de callos, juanetes, uñeros y uñas defectuosas...

GRAN GIMNASIO HIGIÉNICO-DINAMOGRAFICO. Mr. Goux, director del gran gimnasio, único de su clase en España, establecido en la calle del Barquillo, 8, triplicado, deseoso de complacer al público...

ALMANAQUE DE GIL BLAS PARA 1868. Se halla de venta en la Administración de este periódico y en las principales librerías á 4 rs. Gratis para los suscritores de GIL BLAS...

LA PALMA. COMERCIO DE SEDAS. Calle del Principe, núm. 11. Acaba de recibirse en este establecimiento un completo surtido de carnes higiénicas y cuturales regentadas de las que de más linda forma se han presentado en la Exposición universal.